

El último día en la escuela

Ernesto Priani

Carolina acaba de tomar la decisión de abandonar el tercer semestre del bachillerato. Tiene dieciséis años, y tres meses de embarazo. Sus padres, al enterarse, deciden hablar con ella.

-¿Cómo es posible? ¿En qué estabas pensando?- le reprochó su madre.

-Es obvio que no estaba pensando- replicó Carlos, el padre.

-Pero... yo solo... no sé qué...-sollozó Carolina.

-¡Esto no es posible! ¿En qué fallamos? Te enviamos a la escuela para que tuvieras un mejor futuro y mira cómo nos pagas- continuó Teresa. -¿Acaso yo te di ese ejemplo?-

-No, mamá. Tú no entiendes: yo amo a Hugo y él me ama a mí. Prometió que estaría conmigo.

-¿Amor? ¡Ay, por favor! Todos dicen lo mismo.- dijo Teresa.

-¡Tú qué sabes del amor! ¡El amor! Dirás las hormonas. A tu edad todo se les hace fácil y a todo le llaman *amor*. Se creen muy maduros para tomar sus propias decisiones y luego vienen con mamá y papá para que les resuelvan la vida -contrató el padre. -A ver, ¿dónde está ese tal Hugo?-

-¡No es verdad! ¡Ustedes no entienden!- respondió Carolina.

Corrió llorando a su habitación. Llamó a Hugo varias veces pero no le contestó. Se durmió triste, sabiendo que el día siguiente sería el último que asistiría a la escuela, que sus padres no la comprendían y que Hugo no daba la cara.

El despertador sonó a las 6:00. Carolina abandonó el lecho sin entusiasmo. Era inevitable; la incertidumbre y el nerviosismo la invadían. En la escuela, las horas de clase pasaron con normalidad. En un descanso sus amigas se acercaron.

-Entonces, ¿es cierto que te vas?- preguntó Alejandra. Carolina asintió con la cabeza.

-No es justo- dijo Montserrat. -¿Por qué no solo se va él? Te advertí que te cuidarás, y bien dijo la maestra Paulina, que una cosa es el amor y otra el placer, pero que ambos son responsabilidad nuestra pues los dos tienen consecuencias- concluyó Montse.

-Ahora resulta que tú sabes qué es el amor y el placer, ¿no?- se burló Mauricio que escuchaba la conversación.

-Al menos yo no estoy metida en semejante problema- se defendió Montse.

-¡No te pases, amiga!- sollozó Claudia.

-Tranquila- le dijo Carolina a Claudia mientras la abrazaba en un intento vano de consolarse más a sí misma que a su amiga, al tiempo que miraba con cierto enojo a Montse.

-Creo que Montse tiene razón- comentó Alma. -El placer y el amor son cosas diferentes.

-Entonces, según ustedes que lo saben todo, ¿qué es el placer?- preguntó Mauricio.

-Pues...

-¿Ves? No sabes.

-¿O sea que tú sí sabes?- cuestionó Montse.

-¡Pues claro! El placer y el amor son una misma cosa. –Dijo enfático Mauricio.

-No estoy de acuerdo. Para mí el placer solo es eso: algo que te gusta hacer o algo que se siente bien superficialmente; mientras que el amor es algo más profundo e incluso se sufre.

-¡Ay, cálmate tú, filósofa! Suenas a las rolas de José José que escucha mi papá.

-Pues si según tú ambas cosas son lo mismo, ¿dónde está Hugo y por qué Carolina tiene que dejar la escuela?- contestó molesta Montse.

Carolina, luego de la plática con sus amigos, se preguntaba si realmente amaba a Hugo. A pesar de saber que por el amor que sentía hacía Hugo pronto sería madre, ella seguía sin encontrar la respuesta: ¿En verdad amaba a Hugo?, ¿no había sido más bien la locura del momento?, ¿la búsqueda de aceptación por parte de algunos de sus compañeros? ¿La inconsciencia de la juventud que hace creer que por el simple hecho de ser jóvenes no puede ocurrir nada? ¿Acaso no es verdad que a los dieciséis años somos demasiado jóvenes para morir? Las cosas malas solo le pasan a otros, son cuentos de las abuelitas para asustar a los nietos y convencerlos de no tomar, fumar, drogarse o tener sexo.

Todo lo anterior no eran más que patrañas de los moralistas, y sin embargo, ahí estaba ella, recargada en una columna del patio, mirando un pirú y sintiendo crecer una nueva vida dentro de sí. La voz de la trabajadora social la sacó de su reflexión. Al volver a casa miró a su mamá, tenía los ojos bañados en lágrimas. También vio a su hermano quien la saludó con una amable sonrisa.

Fernando, diez años mayor que ella, era veterinario y se había marchado de la casa a los 22, cuando sus padres se enteraron de que era gay. Ambos habían sido educados en una tradición que no podía tolerar que su hijo no fuera un “hombre de verdad”. Incluso su madre, que deseaba que su hijo volviera a casa, intentó en vano persuadir a Fernando de que abandonara a Guillermo, su pareja desde la preparatoria, y a quien por esos días estaba a punto de convertirse en su esposo.

-Y, ¿qué se siente hermanita?- Le dijo más tarde Fernando, cuando ya estaban en la casa.

-¿Qué?- contestó Carolina

-Ya sabes. ¿Qué se siente ser madre? ¿Sentir una vida creciendo dentro de ti?- respondió él.

-Hermano, ¿puedo confesarte algo?- susurró ella.

-¡Claro! Sabes que siempre puedes confiar en mí.-

-¡No quiero tener al bebé! ¡Debí haberlo abortado! ¡No estoy lista para ser madre! ¡Soy demasiado joven y ni siquiera sé si quiero a su padre...!-

Carolina interrumpió su discurso al ver la expresión en el rostro de su hermano. Primero incredulidad, después desesperación, enojo y, por último, tristeza.

-Dime que no es verdad lo que acabas de decir, por favor. Dime que no es cierto- pidió Fernando con una voz calmada pero a punto de quebrarse.

Carolina lo miró extrañada. Ella sentía tanto miedo que le había confesado sus sentimientos en busca de consuelo. Necesitaba más que nunca el apoyo de su hermano y, sin embargo, se había encontrado con una frase que sonaba a reproche.

-¿Y si lo adopto?- dijo de pronto Fernando. -Piénsalo, tú no lo quieres y yo sí. Después de todo soy su tío-.

Una semana más tarde, a petición de Carolina, se reunieron a cenar todos los miembros de la familia, pues quería contarles a sus padres el plan: Fernando adoptaría al niño como hijo suyo.

-Fernando, sé que no tenemos trabajo y somos muy jóvenes para criar un niño. Además eres mi hermano, pero...

-¿Pero?- cuestionó Fernando.

-Hugo se ha negado- admitió avergonzada la joven.

-¿Por qué? No lo entiendo- respondió Fernando.

-Lo sé, le dije que no era justo, que él ni siquiera me apoya. Aun así lo que contestó fue "¿Qué?! ¿A mí hijo lo van a adoptar unos gays?". Cuando protesté insistiendo en que eres mi hermano dijo: "¿Pero es gay! ¿Cómo crees que lo van a educar?". En verdad lo lamento.

-Nosotros podríamos darle una buena educación y un alto nivel de vida- se defendió Fernando.

-Lo que me faltaba. Primero tú me sales con que eres gay. Luego tu hermana se embaraza. ¿Y ahora quieres que acepte que una pareja de homosexuales eduque a mi nieto? ¡De ninguna manera!- dijo Carlos.

-¿O sea que para usted es mejor que la niña crezca en un ambiente hostil, con unos padres que no están preparados para tal responsabilidad, que ni siquiera han acabado la escuela, sin recursos financieros e inmaduros?- cuestionó Guillermo.

-No, pero es lo correcto.

-¿Por qué?- preguntó Fernando.

-Porque no- respondió Teresa.

-Porque somos gays, ¿no?- dijo Guillermo. -Ustedes se oponen a la adopción por temor a que la niña se le rechace socialmente al no contar con unos padres heterosexuales. ¿O me equivoco?-

-No es así. La niña podría tener problemas de identidad. Para que se desarrolle adecuadamente necesita una madre y un padre. Como ve, la decisión no es tan simple-.